

MENSAJE DE MONS. EMILIO ARANGUREN ECHEVERRÍA

Podcast de la Oficina de comunicaciones de la Diócesis de Holguín, 25 de Julio de 2021

Queridos hermanos que participan de esta celebración dominical a través de estos mensajes que intercambiamos por las diferentes vías que nos permite el acceso a los datos móviles. Lo primero que quiero desearles, al igual que hizo Jesús cuando se presentó a los Apóstoles que estaban encerrados y temerosos, es ¡Paz a todos ustedes! ¡Calma! ¡El Señor está con nosotros!

Hoy, la celebración del Domingo como Día del Señor, hace que la Fiesta del Apóstol Santiago sólo se celebre en aquellas ciudades, pueblos y parroquias que lo tienen como Santo Patrono: Santiago de Cuba, Santiago de las Vegas en La Habana, Santiago de Cartagena en Cienfuegos, etc. También en España: Santiago de Compostela y en otras partes del mundo. A su vez, mañana 26 y el 29, concluiremos la Jornada Nacional de la Familia, al celebrar el Día de los Abuelos con ocasión de la Fiesta de San Joaquín y Santa Ana y, el jueves, la Fiesta de los hermanos del pueblecito de Betania: Marta, María y Lázaro. ¡Qué bueno es que, dentro de la Familia, además de valorar a las madres, a los padres y a los abuelos, también destaquemos la linda experiencia de la fraternidad, es decir, lo que significa “ser hermanos”!

Estos días nos sirven para pensar lo que esto significa: “ser hermanos”. Tenemos que tener cuidado, especialmente quienes prestamos un servicio en la liturgia comunitaria, convertir en una rutina cuando decimos: “Queridos hermanos y hermanas”. ¡Ojo! Eso significa que somos hijos e hijas de un mismo Padre, que es Dios Todopoderoso. Por eso Jesús, cuando nos enseñó a orar, dijo: “Padre Nuestro”, es decir, primera persona del plural. Eso se aprende en la familia, también en la comunidad cristiana, y también en la sociedad. El “yo”, primera persona del singular no se diluye, sino que se integra. Hemos escuchado el ejemplo de cómo el carpintero sabe integrar el servicio que ofrece cada uno de los instrumentos de trabajo; igual hace el director de una orquesta cuando aúna el sonido de cada uno de los instrumentos, así también sucede en la familia. Por eso comparto algo personal, y lo hago con confianza, al haber escuchado este ejemplo: yo soy el menor de cinco hermanos y, por eso, miro mi mano y veo los cinco dedos. Yo soy el meñique. Me doy cuenta que ninguno de los cinco somos iguales, no sólo en años -por supuesto-, pero tampoco en el temperamento, en la disposición ante la vida, en la trayectoria recorrida. Lo interesante es que los cinco sabemos que no somos iguales, pero también sabemos que los cinco, aunque estemos distantes geográficamente, permanecemos unidos y preocupados los unos por los otros, y dispuestos a ayudarnos. Por eso, hay veces, que cuando el celular suena y veo que es una de mis hermanas, digo: “Oigo”, y la respuesta es sencilla: “No, no, sólo quería oírte, tal vez estés en una reunión e interrumpo”. Y me cuelga. Bastó para ella y bastó para mí. ¡Estamos unidos como los dedos de la mano que, aunque diferentes, como lo es el pulgar, el índice, el del medio, el anular o el meñique, pero lo importante es que cierran y abren a la misma vez!

Eso se vive en la Iglesia, y el mejor ejemplo lo puso San Pablo cuando le escribe a los Corintios en su primera Carta capítulo 12 donde les explica que la Iglesia es un cuerpo y Cristo es la cabeza, y cada miembro del cuerpo tiene su función y hay un momento que aclara (v. 22) que “los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios”. Por eso, nos fijamos en los enfermos, en los ancianos, en los niños y, también, en el adolescente o en el joven que afronta un momento difícil dentro de su etapa de crecimiento, igualito que lo que vivimos los adultos cuando tuvimos esa edad. A esta experiencia en la Iglesia la llamamos: “comunió”, común-unió, entre nosotros que somos los miembros y Cristo que es la Cabeza.

La comunió hay que experimentarla, es una vivencia, como ocurre en la familia o en grupos de amigos, de compañeros del Pre o de la Universidad. Lo que hay que tener cuidado es distinguir bien dónde se fundamenta esta unión para que sea verdadera comunió. Es una experiencia que brota del corazón. Por eso, cuando hay unión hay con-cordia, y cuando no hay unión hay dis-cordia. En mis primeros años de sacerdocio conocí una familia en la que había una microcefálica y, en su entorno, estaban sus padres, tíos, hermanos y sobrinos. Aquella “niña” (se llamaba Martica) unía a toda la familia en el amor. Sentada en su balance invitaba a la concordia. El tío, que era de carácter fuerte, ante ella se inclinaba, y siempre me llamó la atención, que los sobrinos se dejaban pellizcar por ella, y no se quejaban.

Así nos sucede a nosotros como pueblo cubano con la Virgen de la Caridad. Una pequeña imagen, siempre en el mismo lugar y, cuántas veces, desde lejos, la miramos con los ojos del corazón y nos sentimos mirados por “sus ojos misericordiosos”. Y Ella, como Madre, nos cobija en su regazo maternal para invitarnos a la concordia y nosotros le cantamos: “Que todos tus hijos seamos hermanos”. ¡Esto es comunión, que es más que llevarse bien! Repito, es una experiencia, no es tan sólo un modo de actuar. De ahí que, al concluir la Jornada de la Familia, demos gracias, una vez más por las madres, los padres, los abuelos y añadamos a los hermanos.

El domingo que viene, si Dios quiere, recordaré el Evangelio que hoy fue proclamado que narra la multiplicación de los panes y de los peces, ya que el texto continúa y Jesús se presentará como Pan de Vida que se nos da como alimento y en Él se fragua y fortalece la común-uniión que tanto necesitamos para vivir concordés y en paz.